

LAMENTAR LA PÉRDIDA ¡SEÑOR, TEN PIEDAD!

¿Por qué iniciamos nuestra Eucaristía pidiendo perdón al Señor? Iniciar diariamente nuestras Eucaristías con un acto de contrición tiene un significado bien profundo, está conectado con nuestra experiencia de vida y con la experiencia de la humanidad. Con el deseo de que vivamos la Eucaristía con mayor fuerza, les comparto esto. Algunas cosas son mías, pero la mayor parte está tomada del libro *Con el corazón en ascuas*, de Henri Nouwen. Es requisito previo leer el texto de los caminantes de Emaús (Lc. 24, 13-35), aunque en esta reflexión nos enfocaremos solamente a los versículos: 13-24.

- Nos encontramos con un texto que narra la situación de dos hombres, dos caminantes. Reconstruyamos la imagen (así me la imagino yo): dos hombres van por el camino, con el rostro afligido, con aire entristecido. Seguramente no van platicando de nada; su caminar debe ser lento y con pasos desanimados; en su cabeza traen un remolino de recuerdos, de imágenes y voces que, con cuántas ganas quisieran olvidar. De repente, se les junta otro caminante, no saben de dónde salió, pero cuando se dan cuenta ya les está sacando plática. Con una cara como la que traían los dos caminantes no quedaba más que preguntar: << ¿Qué trae su corazón? ¿De qué platican? >> Los caminantes se sorprenden y piensan en su interior ¿Dónde andaba metido éste que no se ha enterado de lo que pasó en el pueblo? Y empiezan a contarle sus tristezas: <<Se trata de un tal Jesús... Joven, fuerte, con una lengua que no se paraba para anunciar que Dios ya traía su Reino, es más, que su Reino ya estaba entre nosotros. Nosotros éramos sus amigos, por eso te lo contamos, porque nuestros ojos lo vieron... siempre, siempre trabajando para hacer un pueblo libre. ¿Sabes lo que decía? Que Dios es nuestro padre y que siempre está de nuestro lado. Pero algo tenía que salir mal, a los pobres siempre algo nos tiene que salir mal... lo mataron. Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo colgaron de la cruz como a un bandido. ¿Te das cuenta? A Jesús, al que vimos y oímos, a nuestro amigo, lo mataron. Nosotros teníamos puesta nuestra esperanza en él, parecía que ahora sí había llegado el mesías, aquel del que nos habían hablado nuestros padres y rabinos desde que éramos niños. Pero ahora está muerto. Y por si fuera poco, unas mujeres de nuestro grupo, llegaron a donde estábamos, gritando con emoción que Jesús había resucitado, que cuando fueron al sepulcro temprano se encontraron unos ángeles que les dijeron eso. Como lo que nos dijeron las mujeres nos causó mucha duda, fueron algunos hombres a ver si era cierto. Y ¿Qué crees? pues que hallaron todo como las mujeres dijeron, pero no vieron a Jesús por ahí. No sabemos qué creer, quisiéramos creer, pero es que nosotros lo vimos muerto. Es mejor no hacernos ilusiones. >>
- Hay un gran parecido entre los caminantes de Emaús y nosotros: de alguna u otra manera hemos experimentado la pérdida. Muchas veces nos hemos enfrentado a la pérdida de la seguridad, la pérdida de posibilidades, la pérdida de un familiar o amigo, la pérdida de la salud, y un largo etcétera. Otras veces hemos experimentado la dolorosa pérdida de los sueños y aspiraciones. Y en ocasiones, y más dolorosa aún, hemos atravesado por la pérdida de la fe, la pérdida del convencimiento de que nuestra vida tiene sentido. Citando a Nouwen: *durante un tiempo fuimos capaces de sobrellevar nuestras pérdidas e incluso de afrontarlas con entereza y perseverancia, porque las experimentábamos como pérdidas que acabarían acercándonos a Dios. [...] Pero, a medida que envejecemos, descubrimos que lo que nos sirvió de apoyo durante tantos años – la oración, el culto, los sacramentos, la vida comunitaria y la clara conciencia de ser guiados por el amor a Dios - ha perdido su utilidad para nosotros. [...] Recordamos los tiempos en los que Jesús era tan real para nosotros que ni siquiera nos cuestionábamos su presencia en nuestras vidas. Él era nuestro más íntimo amigo, nuestro consejero y nuestro guía; Él*

LAMENTAR LA PÉRDIDA ¡SEÑOR, TEN PIEDAD!

nos proporcionaba consuelo, valor y confianza. Podíamos hasta sentirlo, gustarlo y tocarlo... ¿Y ahora? ahora ya no pensamos demasiado en Él; ya no estamos deseosos de pasar largas horas en su presencia; ya no experimentamos ese sentimiento especial hacia él.

- Estas pérdidas las lloramos, las sentimos, nos dolemos. En la medida en que nos arrebatan la sensación de protección y seguridad nos conducen a la verdad de nuestra propia imperfección. Por otra parte, sentir el dolor de nuestras propias pérdidas nos conecta con el llanto de un mundo que también sufre sus pérdidas: la del esposo que perdió su trabajo; la de la madre que ve perderse a sus hijos en las drogas, en una banda; la de los adolescentes que han perdido la oportunidad de estudiar; la de mucha gente que pierde la esperanza porque no ve el modo de salir adelante. Así, *el dolor de nuestros gimoteantes corazones se conecta con el llanto y los gemidos de una humanidad que sufre. Nuestro lamento se hace aún mayor que nosotros mismos.*
- Así iniciamos el viaje. *Llegamos a la Eucaristía con el corazón roto por muchas pérdidas, las nuestras y las del mundo. Como los dos discípulos que caminan de regreso a su aldea, decimos: <<Nosotros esperábamos..., pero hemos perdido la esperanza, y en su lugar han sobrevivido la tortura y la muerte>>.* Iniciamos la Eucaristía, también, haciéndonos conscientes de que, de algún modo, nosotros “cooperamos” en esas pérdidas, algunas veces de palabra, obra u omisión; incluso, de aquel dolor que nosotros no causamos directamente, sino del que participamos por pertenecer a una humanidad imperfecta. Así nos acercamos a Dios y así se nos acerca el Señor, así se nos acerca el viajero.
- Pero ¿Cómo acercarnos a Dios, cómo iniciar la Eucaristía, con un corazón adolorido por las pérdidas y por nuestro pecado personal y social? Ese es el punto clave del inicio de nuestra Eucaristía: respondemos a la cercanía de Dios diciendo SEÑOR, TEN PIEDAD DE NOSOTROS. Imploramos la misericordia de Dios, porque sentimos que solos no podemos, que nuestras pérdidas nos ganan y que nuestra participación en las pérdidas de otros nos acusan. Nos acercamos a la Eucaristía con una mezcla de desesperación y de esperanza, así como los discípulos de Emaús, que entre el dolor de la pérdida del Maestro se encontraba el relato de las mujeres que les decían que Jesús había resucitado. Así pasa en nuestro corazón: en medio del dolor surge la esperanza, una esperanza que está alojada en lo profundo de nuestro corazón y mente y que se alimenta de eso que vemos y oímos, de aquellas personas, de nosotros mismos también, que creen y luchan por un mundo que viva con paz y amor, con justicia e igualdad, en medio de una realidad que también presenta lo contrario.



- *<<Señor, ten piedad; Señor, ten piedad; Señor, ten piedad>>...; he ahí la oración que no deja de brotar de lo más profundo de nuestro ser y atravesar el muro de nuestro cinismo. Sí, somos pecadores, y pecadores sin remedio; todo está perdido, y ya no queda nada de nuestros sueños y nuestras esperanzas. Sin embargo, se oye una voz: <<¡Mi gracia te basta!>>; y de nuevo clamamos por la curación de nuestros cínicos corazones y nos atrevemos a creer que, en medio de nuestros lamentos, podemos verdaderamente encontrar un don por el cual estar agradecidos.*